

¿Su merced es europeo o criollo? Modernidad, globalización y arquitectura⁵¹

Pedro Manuel Luengo
Universidad de Sevilla

Las aspiraciones de globalidad y modernidad por parte de la élite cultural siguen tan latentes en la sociedad actual como lo estuvieron a mediados del siglo XVIII. Ambos aspectos mantienen, además, una intensa relación con el desarrollo de la identidad, en momentos claves como son la consolidación del criollismo y la posterior aparición de las repúblicas americanas, o ante los retos de la aldea global. Alentados por la propia presión colonial, estos referentes quedaron definidos por el gusto europeo, especialmente francés o inglés (que no tanto español), mientras que apenas interesaron *otras modernidades* que la historiografía contemporánea viene identificando entre el devenir de las sociedades del momento. Desde la perspectiva historiográfica actual, estos fenómenos pueden abordarse desde, al menos, tres enfoques: el de la «modernization theory», el del poscolonialismo y el mencionado que aboga por una multiplicidad de modernidades paralelas (Conrad, 2018, p. 417). Más recientemente, otros autores han preferido rechazar las tres,

51. Investigación realizada dentro del Proyecto "Arquitecturas del poder. Emulación y pervivencias en América y el sudeste asiático (1746-1808)" (PID2021-122170NB-I00).

por no resultar suficientes para un estudio global, optando por aproximaciones más cercanas a las *connected histories* (Conrad, 2018, p. 423). Ante tal abanico de opciones, sería provechoso consolidar algunos puntos de partida para este estudio.

En primer lugar, resulta claro que las potencias coloniales definieron su propia imagen de modernidad, nacida en Europa, y con ella una forma de entender la globalización de cada imperio y la propaganda visual. Aunque existieran conexiones comerciales habituales entre Jamaica y Cuba, o dentro de la isla de Santo Domingo, por citar dos casos, los referentes comerciales y culturales, así como las principales fuentes periodísticas, estaban fuera del Caribe. Estudiar esta difusión habría sido el enfoque más tradicional, valorando el grado de recepción en las colonias, pero resulta necesario empoderar a las sociedades locales, ya que tuvieron cierta capacidad de intervención sobre la puesta en práctica de las ideas recibidas, así como sobre la interpretación y el uso final de los nuevos espacios. De esta forma, la tradicional *single history*, que ha establecido los referentes culturales a seguir, se haría más plural, incluyendo desde asimilaciones encendidas de esta modernidad hasta reinterpretaciones y resistencias locales, más presentes en las construcciones que en la documentación histórica, lo que probablemente ha dificultado su lectura posterior. Esta complejidad, repartida en diferentes capas culturales dentro de una sociedad, es la que ofrece conexiones extrapolables a otras áreas geográficas e, incluso, a otros marcos cronológicos, como aspiran tanto las historias conectadas como algunos textos más clásicos. Aunque este enfoque interpretativo es válido para diferentes disciplinas históricas, la historia de la arquitectura ofrece un fecundo campo de análisis aún poco explorado. Desde una perspectiva transimperial del Caribe, tanto la arquitectura de los puertos bajo soberanía hispana como la de aquellos pertenecientes a otros

imperios europeos, participaron de este fenómeno con particularidades propias y, aunque dinámicamente, contribuyeron a potenciar unos discursos frente a otros, convirtiéndose incluso en tema de discusión social.

Hasta bien entrado el siglo XVIII, Veracruz, Spanish Town, Kingston, La Habana, Santiago de Cuba, Cap-François, Santo Domingo, San Juan de Puerto Rico, Fort-de-France, Cartagena de Indias o Portobelo, fueron ciudades con un desarrollo monumental muy escaso, como muestran tanto los relatos de viaje de finales de siglo (Laporte, 1799) como las escasas representaciones conservadas. Aquí pueden considerarse tanto las pocas vistas de ciudades como las más numerosas imágenes incluidas en los proyectos de edificios monumentales. Los esfuerzos de las autoridades y de la élite se centraron en dotar de espacios funcionales, y solo la arquitectura religiosa rompió esta tendencia con propuestas visualmente más atractivas. Perspectivas como la ofrecida por el *Biombo de la muy noble y leal ciudad de México* (Colección particular, Madrid, 1675-1692), la *The Cathedral at Havana* y la *Piazza at Havana* (Dominique Serres, ca. 1762, National Maritime Museum, BHC0417 y BHC0418, respectivamente) muestran cómo la arquitectura residencial y las obras públicas ofrecían poco atractivo en la visión general, mientras que los edificios religiosos articulaban el perfil urbano. En el caso civil, se trataba de una concatenación de construcciones que daban respuesta a las funciones administrativas imperiales. No parece existir la necesidad de definir una imagen homogénea imperial, con un mensaje de fondo, que resultara identificable para el extranjero y significativo para el local. Ni siquiera las exigencias defensivas de ese momento llevaron a construir edificios monumentales que trasladaran una sensación de seguridad. Aún la ciudad tenía más de base de comercio intercontinental que

de reclamo para el consumo, más de feria puntual que de escenario de ocio, más de reducto militar que de capital regional.

La segunda mitad del siglo XVIII exigió a estos puertos un cambio de disposición. La guerra de los Siete Años puso al Caribe como uno de los escenarios bélicos más destacables a nivel mundial, por lo que la atención militar sobre estos enclaves aumentó notablemente. La apertura de los puertos americanos bajo control hispano en 1778 afectaría significativamente al mercado en la zona, exigiéndoles un mejor posicionamiento. Como consecuencia, la administración de Carlos III y Carlos IV apostaría por dotar a estas capitales de obras públicas, desde puentes hasta edificios administrativos, pasando por espacios de ocio o arquitectura asistencial, además de optar por fortificaciones mucho más masivas visualmente. Tales esfuerzos podrían haberse abordado como una respuesta exclusivamente funcional, rechazando las exigencias que suponía dotar a estas ciudades de una imagen arquitectónica renovada que excepcionalmente existía aún en la península, pero se aprovecharon para generar un despliegue visual homogéneo en el imperio. Si las obras públicas comenzaron su desarrollo en las décadas finales del siglo XVIII, el despunte económico de las plantaciones caribeñas permitió a la arquitectura residencial ofrecer una imagen renovada que emulaba la modernidad imperial y que se asoció con los notables cambios urbanísticos puestos en marcha. La apuesta por desarrollar estos puertos como grandes urbes llevó aparejada la renovación de las vías de comunicación que las conectaban con el interior. De esta forma, en estas fechas los ingenieros militares tuvieron que afrontar la construcción de puentes, canales navegables, así como calzadas (Cramaussel, 2006; Laorden Ramos, 2008, pp. 47-62), cuyos flujos de personas y mercancías cambiarían indudablemente el espacio urbano de estas capitales.

Abordar tal renovación arquitectónica requería de profesionales técnicos que habían escaseado en el Caribe hasta ese momento. De hecho, la presencia de arquitectos en los puertos caribeños fue excepcional, tanto durante el siglo XVIII como en las primeras décadas del siglo XIX. Quizás por este motivo, las obras fueron dirigidas por maestros de obras locales, de los que se tiene muy poca información, y por ingenieros militares, que superaron los límites de sus funciones defensivas para contribuir a la construcción de estas ciudades (Gámez Casado, 2022; Hinarejos Martín, 2020; López Hernández, 2019; Luque Azcona, 2017). A diferencia de los arquitectos, cuya instrucción se producía dentro del sistema gremial o en las más recientes academias para una progresión individual, los ingenieros militares pertenecían al Cuerpo de Ingenieros y servían directamente a la Corona, compartiendo educación y con ellos referentes culturales sin depender tanto del mercado ni de los promotores. En cuanto a los obreros locales, es probable que su contribución fuera muy sustancial, aunque limitada al campo constructivo más que a una reinterpretación de los modelos occidentales.

Hasta mediados del siglo XVIII, la labor de los ingenieros militares en el Caribe se limitó casi exclusivamente a tareas defensivas, lo que puede aplicarse por igual a cualquiera de las potencias europeas en la zona (Cruz Freire *et al.*, 2020). Poco después, su labor se diversificó, aunque este fenómeno es mucho más claro entre los hispanos que entre los demás. La fundación de poblaciones, la mejora de las comunicaciones, la intervención urbanística o la construcción de edificios públicos como aduanas, hospitales, lazaretos o palacios de gobierno integraron sus obligaciones, como han demostrado recientes monografías sobre el caso de Colombia (Gámez Ca-

sado, 2022, pp. 268-273), Cuba (López Hernández, 2019, pp. 71-295) o Puerto Rico (Hinarejos Martín, 2020, pp. 190-194). Estos estudios se han basado principalmente en la documentación producida por los ingenieros en su intensa comunicación con la Administración, lo que insiste en el interés de la Corona por promocionar y controlar estas obras. Pero este tipo de fuentes no permite clarificar el significado de muchas de ellas para la población y para la élite, por lo que en esta ocasión se ha preferido abordar el tema desde la incipiente actividad periodística, con publicaciones como *Gaceta de México*, *El Aviso*, *Papel periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*, las ediciones de las *Affiches Américaines*, así como con descripciones arquitectónicas incluidas en relatos de viajeros y en publicaciones coetáneas sobre la historia de estas ciudades.

Arquitectura moderna para una sociedad plural en Jamaica

Uno de los primeros escenarios donde se observa con mayor claridad un choque entre las ideas de modernidad y las pervivencias culturales locales en arquitectura es en la Jamaica británica, como muestra Long (1774). Las diferentes ciudades de la isla pugnaban con Barbados como las más prósperas de entre las colonias británicas en el Caribe e, incluso, el Atlántico, trasladando esta opulencia elitista a la arquitectura; en especial, a la residencial. Además, las particularidades de la isla y de los conflictos internacionales llevaron a Jamaica a utilizar sistemas defensivos con edificios de menor porte, lo que permitiría un desarrollo más libre de las ciudades. Este fenómeno lo detalla Long al describir las casas y sus referencias a la arquitectura neoclásica más moderna, aunque las interpretaciones no fueran siempre ortodoxas:

They have for the most part fluted pilasters, supporting a regular entablature, ornamented with modillions, dentils, etc. But it is more frequent to behold all the orders of architecture confusedly jumbled together (Long, 1774, p. 22).

Esta reinterpretación del lenguaje clásico en el Caribe se ha explicado por la distancia de Europa y por las probables confusiones de los artistas locales. Esta interpretación podría servir para casos de fechas anteriores, pero a finales del siglo XVIII, el acceso y el conocimiento de fuentes clásicas o renacentistas entre la élite británica en Jamaica estaría suficientemente extendido. Por tanto, habría que valorar como visión que los promotores, conocedores de la ortodoxia clásica — como muestra el propio texto—, prefirieron una interpretación más libre y adaptada a su gusto. Estas licencias no se pusieron en marcha exclusivamente en la arquitectura privada, sino que también pasaron a la pública, como se observa en la renovación de la King's Square de Spanish Town (Figura 1). A la izquierda de la imagen se observa la King's House, que como representación del imperio es la que sigue más fielmente las directrices de la arquitectura moderna. Así lo observa Long en su descripción:

The governor's, or, as it is more usually called, the king's house occupies the whole West side of the square... It was erected, at the sole charge of the island, under the inspection of Mr. Craskell, then engineer of Jamaica, and designed for the usual place of residence of the commander in chief...and it is now thought to be the noblest and best edifice of the kind, either in North-America, or any of the British colonies in the West-Indies...This portico gives an air of grandeur to the whole building (Long, 1774, p. 7).

Figura 1. King's Square, St. Jago de la Vega (Spanish Town)



Fuente: In Hakewill, James (1825). *A picturesque Tour of the Island of Jamaica*. Londres: Hurst and Robinson.

Aunque no se indica en la descripción, el edificio responde al neopaladianismo imperante en la arquitectura británica del momento, especialmente en las colonias norteamericanas, que tienen a la publicación del *Vitruvius Britannicus* como una de sus fuentes más importantes. De hecho, incluso el contraste entre el blanco del pórtico en orden gigante y el rojo del ladrillo del resto de la fachada es un juego habitual en la arquitectura de Virginia en este momento. Frente a la fachada que vinculaba la ciudad con el Imperio británico se desarrollaba un edificio de similar capacidad, pero más permeable al gusto local. Contaba así con un pórtico como extensión de la plaza y, sobre ella, una galería columnada. Mientras que la King's House recibió los halagos de Long, esta segunda no fue tan bien valorada:

On the opposite side of the parade, directly fronting the governor's house, is a colossal building, erected likewise by the inhabitants of the island at a very great expence: it was begun about seventeen or eighteen years ago; but is not yet completed, nor probably ever be (Long, 1774, p. 9).

El problema de la construcción, según Long, radicaba en que no fue dirigida por un ingeniero, sino por los habitantes de Jamaica. Esto explicaría las (insuficientes) similitudes con el edificio fronterero y, sobre todo, el coste económico y temporal, cayendo en habituales signos de superioridad de la sociedad colonial. En ningún momento valora esta fuente las adaptaciones al clima que los artistas jamaicanos plantearon como asimilación de la modernidad europea. Pero la reinterpretación local fue mucho más allá en este caso. El propio Long, al describir el interior de la King's House, señala que en uno de los frisos altos se instaló una colección de bustos de bronce, representando filósofos y poetas, en línea con el gusto británico del momento. En cambio, la población local prefirió considerarlos representaciones de los líderes de las comunidades africanas («Negroe Caboceros»), debido al color del bronce.

Between each pilaster, under the windows of the Attic story, are placed, on gilt brackets, the busts of several ancient and modern philosophers and poets, large as life; which being in bronze, the darkness of their complexion naturally suggests the idea of so many Negroe Caboceros, exalted to this honourable distinction for some peculiar services rendered to the country (Long, 1774, p. 7).

Con estos dos edificios, la plaza quedaba abierta en uno de sus flancos, por lo que en 1783 la ciudad inició los trámites para elevar un monumento al almirante Lord Rodney, en conmemoración por su victoria en Guadalupe en 1782 (Robertson, 2009). Para acercarse todo lo posible a la modernidad británica, el proyecto fue encargado directamente a la Royal Academy de Londres, lo que pudo ser una estrategia para eliminar las tensiones locales sobre su aspecto. El resultado propuesto fue una amplia galería abierta con dos pabellones en los extremos y un módulo octogonal en el centro para alojar la

escultura conmemorativa, realizada por John Bacon en 1801 (Coutu, 2006, pp. 240-248). Los modelos más vinculados con el imperio —y, con ello, con esa modernidad— volvían a subrayarse esta vez con un monumento público. No se trataba del primer monumento de este tipo en el Caribe británico, ya que Bridgetown, la capital de Barbados, había erigido uno al gobernador Henry Grenville en 1756 (Coutu, 2006, p. 160), aunque se conocen pocos detalles sobre sus características y parece que se ubicó siempre dentro del ayuntamiento.

Retomando los textos de Long, resulta significativo cómo valora positivamente los hitos arquitectónicos alcanzados por los misioneros españoles en el Caribe, incluyendo incluso Jamaica, lamentando el menosprecio de las autoridades británicas por los restos conservados en la isla. De hecho, como se ha apuntado durante el siglo XVII y buena parte del XVIII, fue la arquitectura religiosa hispánica la que optó por una imagen urbana más reconocible. Según avanzó el siglo XVIII, la apuesta de la Corona por las obras públicas y las dimensiones crecientes de la arquitectura defensiva determinaron la visión de la ciudad; esto se trasladó a los textos conservados.

Un espacio público francés para el Caribe

La renovación del espacio urbano caribeño tendría en los puertos franceses un importante escenario de expansión. De esta forma, se conservan varios proyectos de fuentes, datados en 1747, 1773 y 1774 para Cap-François y Port-au-Prince (Bailey, 2018, pp. 270-277)⁵². A estos habría que unir los restos identificados por este

52. Du Coudreau, J. A. 1747. *Plan, profil et élévation d'une Fontaine à faire sur le bord de la mer du Cap dans une des cales du quai pour l'aiguade des vaisseaux*. FR ANOM 15DFC0354C y FR ANOM 15DFC0353C; Hesse. 1773. *Profil pris sur la ligne ABC du plan de la Fontaine projetée sur la place d'armes. Port-au-Prince*. FR ANOM 15DFC0621C; Dumoulceau, M. H. 1774. *Plan, profil et élévation de*

autor en Haití, incluyendo la fuente de Fort-Dauphin de 1769, la de la Place Montarcher (Cap-François) de 1772, la de la Place-Royal (Cap-François) de 1789, así como una adosada a un muro en la Rue François Xavier et Chatenoy (Cap-François) datada en este mismo periodo. Esta escasez de documentación de archivo obliga a acudir por un lado a los volúmenes de Moreau de Saint Mery, que ofrecen un mayor detalle sobre la valoración de estas obras por parte de la élite del momento (Moreau de Saint Mery, 1796). Por otra parte, la prensa haitiana contemporánea estaba bien informada de los monumentos que se erigían en América, como ocurre por ejemplo con el realizado en honor de Luis XVI en Filadelfia⁵³; sin embargo, se han encontrado pocas discusiones sobre las obras iniciadas en la isla. Además, tal número de monumentos conservados contrasta con la escasez de proyectos propuestos por ingenieros militares, dedicados a las obras militares, ya fueran fortificaciones, hospitales, o cuarteles. De hecho, apenas se han encontrado proyectos en los *Archives National d'Outre Mer* (ANOM) para estas fechas destinados a otros fines, con la excepción de las propuestas de las casas de gobierno como la de Port-au-Prince, Haití (1791) (Figura 2). Esta falta de información en los archivos militares franceses puede deberse a la importancia alcanzada por la iniciativa privada. Así, la prensa apunta la existencia de suscripciones para erigir monumentos públicos, como el propuesto en Saint Domingue a Gabriel de Clieux:

On a ouvert à Saint Domingue une souscription, pour ériger une statue à M. de Clieux, quie, le premier introduisit la culture du café dans les Colonies françaises⁵⁴.

la Fontaine projetée aux casernes avec les deux entrées de la cour des pavillons des officiers et une partie du mur de terrasse. FR ANOM 15DFC0631B.

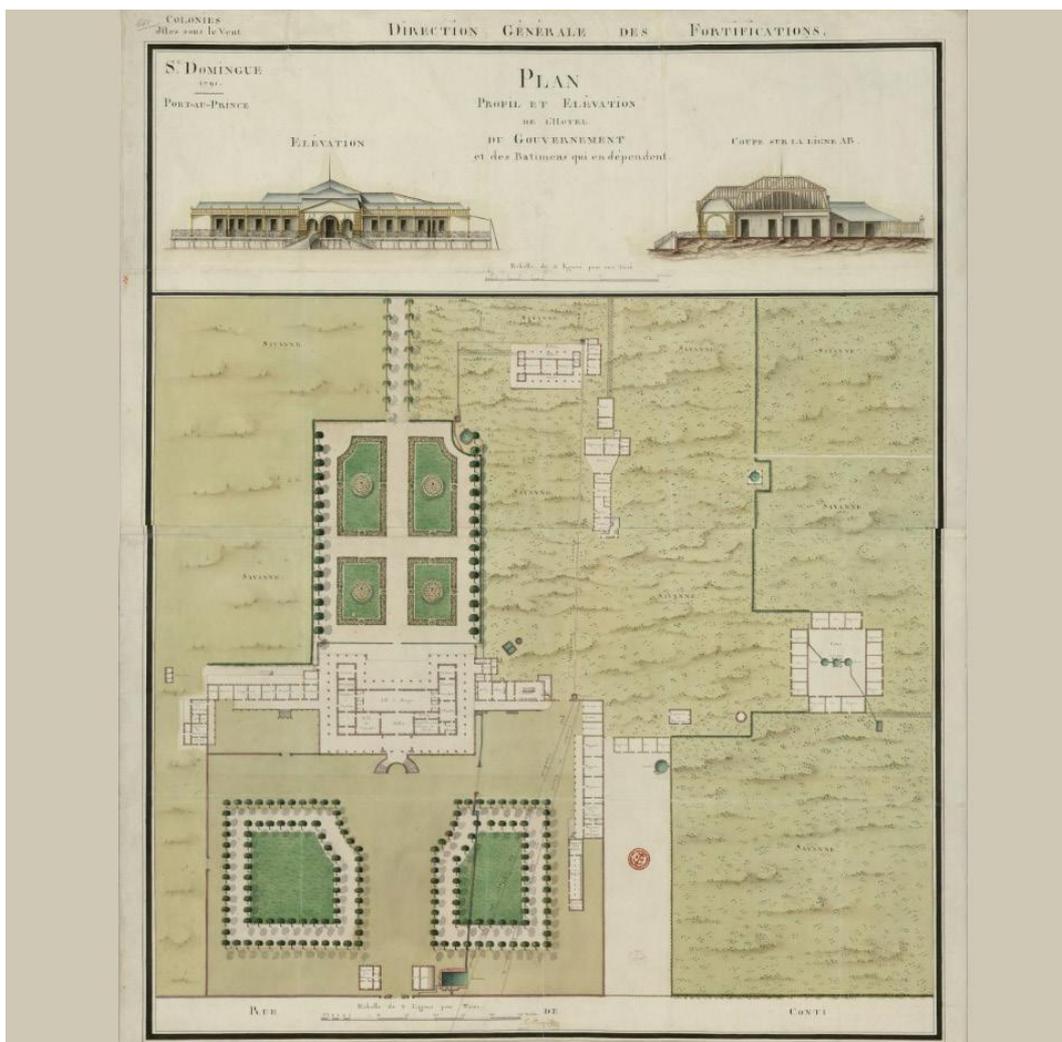
53. *Affiches Américaines*. (21 de mayo de 1783), n.º 21, p. 274.

54. *Affiches Américaines*. (26 de abril de 1788), n.º 34, p. 208.

Además de esta iniciativa, se conoce la inscripción que habría de llevar el pedestal que insiste en la labor para la comunidad del personaje:

Au célèbre Clieux qui, pour nous enrichir, a sauvé le cañier, et s'est laissé mourir (Blandeau, 1824, p. 16).

Figura 2. Frémont de La Merveillère, Pierre Antoine Jérôme. Plan, profil et elevation de l'Hotel du Gouvernement et des batimens qui en dépendent (Port-au-Prince, 1791)



Fuente: FR ANOM 15DFC0661A.

Mientras que los monumentos urbanos parecieron ser mayoritariamente consecuencia de estas iniciativas privadas, los ingenieros se responsabilizaron de unificar la imagen de los edificios públicos. Para ello, plantearon soluciones muy vinculadas a la tradición tratadística francesa del siglo XVIII. Los jardines con parterres, los palacios con un módulo central flanqueados de dos pequeños salientes, ubicando las salas de mayor tamaño en el centro, todo ello confería una homogeneidad a la imagen francesa tanto en las fundaciones americanas como en las asiáticas del momento (Bailey, 2018, pp. 306-322). Las similitudes continúan en las cubiertas, planteando una estructura en madera para formar la tradicional mansarda, aunque las condiciones climatológicas diferían notablemente entre Europa y el Caribe. La única diferencia sustancial es que no se trataba de un edificio de dos alturas, que exigía la habitual escalera monumental, sino de una única altura, más apropiada para afrontar el envite de los habituales huracanes caribeños. En cuanto a las fortificaciones, el impacto creciente de los planteamientos de Montalembert en la teoría francesa hizo que el tamaño de los fuertes descendiera hasta convertirse en meras baterías, mientras que las murallas perdieron su función original. Aunque estas renovaciones tomarían gran parte del tiempo de estos profesionales, las obras no afectaban al desarrollo urbano de los puertos ni tenían el impacto visual de otros casos hispanos. Estos ejemplos muestran las concomitancias entre la modernidad planteada por los ingenieros militares, como parte de su labor imperial, y las de las élites culturales caribeñas, aunque estas comenzaran a introducir algunas reinterpretaciones. Cuando aparecían resistencias o incluso contribuciones por parte de la sociedad local estas eran minusvaloradas, por lo que su traslado a las fuentes escritas sería muy excepcional.

Las «cualidades de las principales ciudades de Europa» y su traslación caribeña

En la década de los ochenta aumentaron las noticias que vinculaban las obras públicas con la idea de progreso, especialmente en el ámbito hispano. La incorporación de lápidas o la erección de monumentos conmemorativos muestran el carácter propagandístico que suponían estas obras, más allá de la mera solución funcional. Esto aparece en la prensa en referencia a la construcción del camino entre México y Veracruz, y algunas de sus iniciativas más significativas, entre las cuales se encontraba «un famoso Puente por su solidez y hermosura [...], lo que así se esculpió en una lápida para eternizar tan grande beneficio público»⁵⁵. De forma significativa, las noticias en este sentido se multiplicaron en la prensa. Cabe especial mención de una descripción de México en la que se muestra la importancia otorgada a la monumentalidad arquitectónica dentro del nuevo concepto de ciudad:

Esta ciudad [México], corte de la Nueva España, que nada envidia en algunas cualidades a las principales de Europa, rápidamente camina a ocupar lugar entre las poblaciones de nombre según el progreso sensible que denota lo numerosísimo del vecindario, la magnificencia de los templos, la soberbia de los edificios, la dilatación de las calles, lo vasto del terreno, la extensión de los suburbios, la riqueza de su comercio, el cultivo de las ciencias, el ejercicio de las artes, el adelantamiento de los oficios: la civilización, el culto, la religiosidad, la grandeza, el fausto, la ostentación de sus moradores: la vigilancia, la rectitud, el orden, la justicia, el celo, la policía de su gobierno.

55. *Gazeta de México*. (19 de mayo de 1784), p. 82.

Esta capital, vuelvo a decir, ha llegado a un grado de opulencia, que la desconocen en estos tiempos los mismos que otros la habitaron (Anónimo, 1785).

El movimiento de monumentalización se dio paralelamente en otras ciudades caribeñas como La Habana, con la construcción de la Alameda de Extramuros en 1772, o Caracas (Luque Azcona, 2017, pp. 47-48), donde la plaza mayor fue modificada con la incorporación de fuentes, pórticos y locales comerciales. Más interés requiere la construcción de la Alameda de la Trinidad venezolana en esta década de los ochenta, cuyo referente explícito era el Paseo del Prado madrileño. Su significado radica en que es una de las escasas veces en las que el modelo corresponde al ámbito hispano y no a los más tradicionales franceses e ingleses, de los que debería haber noticia también en Venezuela. Poco después, ya en 1792, estos esfuerzos se localizan en la capital neogranadina. En este caso se trata de la construcción de un edificio asistencial, donde su relevancia radica en su función y en la participación de la comunidad, más que en su imagen, pero aun así resulta significativo el lenguaje que se utiliza, similar al mencionado anteriormente:

El monumento más glorioso y honorífico de la Ciudad de Santafé es la erección del nuevo Hospicio de Pobres, a que ha contribuido voluntariamente la mayor parte de su vecindario. La mejor estatua, el elogio más sobresaliente de su patriotismo y humanidad es, sin duda, el Templo que le ha erigido a la virtud en esta casa destinada para recolección de los mendigos⁵⁶.

56. *Papel periódico de la Ciudad de Santafé de Bogotá*. (27 de enero de 1792), pp. 387-394.

En estos primeros intentos de descripción de los atractivos arquitectónicos de estos puertos como signo de modernidad, cobran un inusitado protagonismo unas fortificaciones cuya masividad había alcanzado cotas nunca vistas hasta ese momento en América. A pesar de ello, su interés se despliega exclusivamente en libros sobre las ciudades, y no así en la prensa, que desplegó un silencio casi total sobre estas obras. Así, en la descripción de la provincia de Santa Marta de Antonio Julián (1787), se hace un interesante relato sobre las defensas de la zona, comparándolas con otras caribeñas.

El Morro de Santa Marta no es como el de la Habana tan famoso; tiene menos fama el de Santa Marta, pero es más apreciable por varias circunstancias. El de la Habana es una punta a la boca del puerto: punta de peñascos áridos, y quebrados riscos, sobre los cuales está reedificado el fuerte: mas no es así el Morro de Santa Marta. Este es un cerro en medio del agua, redondo, y no muy elevado (Julián, 1787, p. 230).

El referente militar era desde ese momento Cuba, pero hubo que esperar algunos años para encontrar descripciones de las fortificaciones habaneras. En estas no hay apenas datos sobre los edificios, más allá de algunos de sus autores —Antonelli—, sus fechas de diseño y su potencial: «En ella me hice cargo de la fortificación inexpugnable de esta plaza» (Estala, 1798, p. 29). La rotundidad visual que ofrecían edificios como La Cabaña, en La Habana, sostenía esta idea de seguridad, pero los continuos conflictos bélicos requerían de una conciencia de actualización que parece haber trascendido a las discusiones técnicas más estudiadas: «Además de la fortificación que ciñe la ciudad, tiene otra que defiende el arrabal, ambas de piedra de cantería, cuya disposición y proporciones son a la moderna»

(Estala, 1797, pp. 159-171). La misma fuente se detiene en muchos edificios, aunque con escasas valoraciones estéticas. Una excepción se ofrece al abordar el teatro llamado el Coliseo, estudiado recientemente (Hernández González, 2008, p. 45): «En el gobierno del Excelentísimo Señor Marqués de la Torre se edificó un magnífico Coliseo contiguo a la alameda interior [...]. Era de una arquitectura majestuosa, y aunque lo interior era de madera, estaba bien pintado y con buenas decoraciones» (Estala, 1798, p. 31). De nuevo se subraya la arquitectura exterior, que respondía a los estándares europeos, reduciendo el tono al valorar el interior, levantado a partir de la destacable tradición local en carpintería.

Mientras que las ciclópeas obras de la Cabaña, en La Habana, o de San Felipe de Barajas, en Cartagena de Indias, avanzaban, el resto de las potencias europeas en el Caribe optaron por el fuego cruzado de pequeñas baterías estratégicamente localizadas. Su impacto en el terreno fue mucho menor, lo que permitió que la arquitectura residencial alcanzara un protagonismo que no se identifica en los puertos españoles. Por ejemplo, las descripciones de algunos viajeros de Saint Christophle citan expresamente cómo:

[...] la isla de San Christoval ha adelantado mucho en poder de los ingleses no solo en las producciones del terreno, sino también en la belleza de los edificios, que por la mayor parte son de cedro, y techados de pizarra [...]. El palacio que servía de residencia al gobernador Francés, cuando San Christoval pertenecía a esta nación, ha sido siempre el mejor edificio de la isla; pero las casas de los colonos y mercaderes ingleses son muy superiores a las de los franceses de la misma clase (Estala, 1797, pp. 52-53).

Para los viajeros del momento, los referentes en este sentido eran las casas inglesas; entre ellas, merecían especial atención las de Jamaica:

Aunque después de los terremotos Puerto-Real ha perdido el título del puerto más rico y bello de todas las posesiones Inglesas, sin embargo se han reedificado en él algunas calles muy bellas con otras de travesía (Estala, 1797, pp. 76-77).

Tras estas primeras adhesiones a la modernidad llegada desde la metrópoli, los textos de la década de los noventa comienzan a ser más críticos con algunas de las novedades implantadas, con el objeto de mejorar la imagen de la ciudad:

Sea el primero el de haber hecho quitar los tejadillos que había sobre las puertas de las tiendas, y servían de grandísima comodidad para defenderlas del sol y del agua, que ahora entran hasta más adentro de los mostradores en todas las tiendas de menos fondo, como las de Monterilla y Cajones de San José, que eran las que los tenían, pues en las más capaces, como en las de los portales de las Flores y Mercaderes, no había necesidad de ellos [...]. Volviendo a los tejadillos, le aseguro a Vuestra Merced, que lejos de haberlos quitado, creo que sería una providencia muy útil para la gente de a pie, el que en todas las calles nuevamente empedradas se formase uno del ancho de las banquetas, o algo más, a igual altura proporcionada, y sostenido con pies derechos, o palomillas de hierro, para que no ocupasen mucho terreno, y formándole de madera forrada en plomo, o de fábrica ligera, pero poco expuesta a incendios (Franco, 1791).

La experiencia de las novedades traídas por la modernidad no resultaba plenamente satisfactoria para toda la sociedad. A esto había que unir que muchos usos del espacio urbano persistían, lo que afectó la conservación de las mejoras urbanísticas:

y [la] permanencia de los enlosados y empedrados, que con tanto tesón y anhelo se han construido, y atendiendo a que los cerdos que se han soltado con mucha abundancia, perjudican en el todo, ya con los piojos o talajes, de que estos animales abundan, o ya ozando las calles, con lo que se forman los lodazales y atascaderos, que consultó en aquel entonces al... virrey..., quien por su superior decreto de dos de agosto de dicho año de sesenta previno... que ninguna persona, de cualquiera estado, calidad o condición que sea, se atreva a tener cerdos en las calles o parajes públicos, pena de perdidos, y más cinco pesos, aplicados a una obra pública⁵⁷.

Detrás de estas objeciones aparecen ciertas pervivencias locales en el uso de la arquitectura y del espacio urbano. Así, los cambios arquitectónicos planteados fueron trasladados desde la teoría europea al ámbito americano, sin modificar la interpretación diferente de los usos de los espacios, tanto por cuestiones culturales como por particularidades climatológicas. Así, las plazas y calles empedradas permanecieron sirviendo de mercados efímeros y no de comercios estables, de lugar común de animales —desde caballos hasta cerdos—, lo que se alejaba del concepto urbano que se pretendía implantar, como aún se observaba en La Habana de 1830. El calor y el tipo de precipitaciones obligaban a contar con espacios ventilados y cubiertos

57. *Gazeta de México*. (1792, 6 de marzo). N.º 5, p. 44.

para las actividades comerciales, situación diferente a la de muchas ciudades europeas.

Las muestras de rechazo, aunque identificadas, fueron escasas en la prensa conservada. En cambio, la apuesta por la retórica de la modernidad, plasmada en arquitectura, se redobló. Un ejemplo claro lo ofrecen las fiestas celebradas por la instalación del monumento ecuestre de Carlos IV, en México (Anónimo, 1796). La ciudad opulenta descrita poco antes requería de elementos exclusivos propios de las grandes capitales mundiales. De hecho, la prolija descripción comienza diciendo: «Carecía la venturosa México, metrópoli magnífica del Nuevo Mundo, de aquella distinción y gloria con que los mayores monarcas han solido condecorar las ciudades más célebres de sus dominios». Aunque la instalación del monumento fue más propagandística que real, su impacto internacional inmediato realzaría la imagen de la capital novohispana. De hecho, la noticia llegaría al ámbito caribeño con reseñas como la que se publicó en *Affiches Américaine de Saint-Domingue* en 1803, nota tomada literalmente de la reciente publicación parisina sobre novedades artísticas:

Jusqu'ici on avait regardé les beaux arts comme appartenant exclusivement à l'ancien monde; les amateurs apprendront avec intérêt les efforts qu'on fait dans le Nouveau pour les y naturaliser. L'année dernière, il a été fondu à Mexico une statue équestre, en bronze, du roi régnant. Ce monument, le premier de ce genre qui aité té élevé dans l'autre hémisphère, est colossal: le cheval et le cavalier on plus de seize pieds de France de haut. On doit cette statue à don Manuel Tolsa, sculpteur et architecte, membre de diverses académies et directeur de celle de sculpture de Mexico; mais ce qu'il y a de plus étonnant dans son ouvrage, c'est qu'il est son coup d'essai en bronze. Il a été érigé

par l'ordre et aux frais de S.E.M. le marquis de Branciforte, ancien vice-roi de Mesique, et l'un de ceux qui y ont fait le plus de bien. Tous les habitans de Mexico ont vu au milieu d'eux, avec le plus vif enthousiasme, l'image du souverain qu'ils chérissent á tant de titres (Landon, 1802, p. 188).

Si las calzadas y los edificios administrativos ocuparon los primeros esfuerzos de la Corona para renovar la imagen de las capitales americanas, para poco después abordar sus calles, antes de que acabara el siglo serían los teatros los que recibirían mayor atención. El paseo, el teatro y las recepciones en palacio formaban los hitos sobre los que pivotaba la vida social de la élite del momento, por lo que es lógico que el virreinato se preocupara por establecer una retórica de la modernidad en estos edificios. México vuelve a ofrecer interesantes afirmaciones sobre su construcción:

El Coliseo de esta Corte acaba de presentarnos un testimonio de que la pintura y arquitectura adquieren (en cierto modo) su perfección cuando son dirigidas por las letras [...]. El Coliseo de México casi puede competir con cualquiera de los de Europa. El tiempo y las circunstancias no permiten insertar en esta los pormenores, que serán muy útiles para la dirección de otras obras de esta especie en el Reino; pero se publicarán cuando haya oportunidad⁵⁸.

Además de conectar la obra mexicana con las que servían de referente en Europa, se sostiene la posibilidad de que esta sirviera de modelo a las que se habrían de iniciar en Nueva España, mostrando el camino de la asimilación de la modernidad. No

58. *Gazeta de México*. (3 de mayo de 1806). N.º 36, p. 292.

existe ni una referencia a las similitudes o diferencias con otros *coliseos* contemporáneos como el habanero, ya mencionado.

La Habana como capital de la modernidad

La primera década del siglo XIX desvió la atención hacia otro tipo de preocupaciones sociales, aunque también debió servir para dispersar el fenómeno a otras capitales caribeñas. En este sentido, La Habana sería la que de forma más decidida se enfrentaría a su renovación urbana y arquitectónica. Aunque las obras más notables tendrían lugar a mediados de siglo, especialmente bajo el gobierno de Miguel Tacón (1834-1838) (Amigo Requejo, 2018), parece que la preocupación apareció ya anteriormente bajo el gobierno de Someruelos (1799-1812), estudiado desde la parcela política recientemente (Vázquez Cienfuegos, 2008). La prensa habanera se hizo eco de las preocupaciones de una población que basculaba entre los atractivos de la globalización y la modernidad, y la necesidad de mantener las formas de vida tradicionales. Un buen ejemplo de esto lo ofrecen dos cartas al editor de *El Aviso*, publicadas en 1807, de las que se ofrecen algunos pasajes. La primera describe un sueño del autor, Julián Baldesapos, en el que un gigante recién llegado a La Habana destruía los edificios existentes para sustituirlos por otros en nombre del *buen gusto*, término de clara raigambre francesa que se presentaba en el Caribe.

Llamó a la Prudencia, al Buen gusto y a la Razón, diciendo: estos son mis edecanes, ellos aplaudirán mi empresa. Apenas había pronunciado estas palabras, cuando con un solo dedo arrancó los techos de muchos edificios, acusándolos de estar muy gachos, y al instante volaron por los aires como globos aerostáticos, hasta perderse de vista (Baldesapos, 1807, pp. 1-2).

Como ya se apuntó en el caso mexicano, los techos y tejadillos fueron uno de los primeros objetivos de la modernización. La arquitectura de moda en Europa carecía de ellos, entre otros motivos por unas condiciones climáticas diferentes, lo que animó a eliminarlos para amoldarse a la imagen importada de modernidad. Igualmente, el papel del urbanismo en la mejora de la higiene sale a relucir en la carta, solucionándose con iniciativas arquitectónicas:

De sus disformes narices salió una llama impetuosa que quemó casi todo el barrio del matadero por haberlo visto tan sucio y mientras que todos pedían misericordia, el fuego se adelantó hasta Paula. Derribó esta iglesia, y edificó en su lugar otra muy suntuosa, dejándole el mismo nombre que la antigua. Echó una ojeada al hospital, y a un grito que dio se vio otro edificio seis veces mayor, adornado con elegante arquitectura, y un rótulo en el frontispicio con letras de oro, que decía. A la Salud Pública. [...] Dirigiendo después su marcha hacia San Francisco, habiendo llegado a la plaza, se encolerizó y al instante la redujo a cenizas limpiándola de tanta inmundicia, y a una señal suya se vio toda empedrada, con una magnífica pila en medio: no se volvieron a ver las casillas, ni aquellos montones de comestibles en el suelo; todo desapareció (Baldesapos, 1807, pp. 1-2).

Mientras que la población más general parecía alejada de estas directrices de la modernidad, la élite adoptó estas novedades con más celeridad, como se observa en la relevancia creciente de espacios públicos de sociabilización, como fueron los paseos, las alamedas y, más tarde, los teatros y mercados (Castillo Oreja, 2014), como ya se viera en México o Caracas:

La alameda a una señal que hizo se vio mudada en un hermoso paseo con barandajes de hierro, y árboles a los lados: la estatua de Colón se vio colocada en un instante en medio, toda rodeada de laureles. Los pilares se agrandaron por no estar en proporción con la vista de la alameda, y de distancia en distancia se vieron colocados los hombres ilustres de la Nación. [...] Un ruido subterráneo, seguí yo, se oyó por todas partes; no se asombre Usted, nada menos era sino el teatro que caía en ruinas, no sirviendo ya de nada al público o como [...] para el concurso de esta ciudad habiendo buenos cómicos: un coloso no puede sufrir cosas chicas. No hizo más que arrugar las cejas, y con esta corta señal casi todas las calles se ancharon, y se vieron como en Londres, con árboles y banquetas a los lados. Ya no se veían los callejoncitos propios para formar un laberinto; cada cual buscaba en vano su casa. [...] Al punto vi un brazo del gigante extenderse sobre la casa de Gobierno, y yo decía entre mí: si este es un Genio malhechor, somos perdidos; pero me animé al ver su intento; la hizo de cinco altos adornándola de una hermosa arquitectura semejante a las de España. Preguntó por el Consulado, y al enseñarle la casa donde actualmente está, dio le un puntapié y la derribó, sustituyendo en su puesto otra igual a la de Gobierno: no se le pasó tampoco dejar la plaza empedrada. Habiendo con casualidad echado la vista por los oficios de escribanos y papelistas, no pudo contener su cólera, y al punto dio un soplido con que se armó un torbellino de polvo que cegó a todos esos que se ocupan en embrollar familias y en ensuciar papel. Formaba un golpe de vista de teatro, el verlos, en medio de sus discípulos, limpiándose los ojos sin poder reconocer la traza de sus picardías. [...] No bien concluyó esto cuando se encaminó a la Catedral, y al verla dio una patada, y al momento cayó: Esto es poner a Dios,

gritaba él, en una caja de cartón. Al instante reedificó otra igual a la de San Pablo en Londres (Baldesapos, 1807, pp. 1-2).

Aquí la referencia europea merece cierto detenimiento. En los ejemplos mexicanos mencionados se habla siempre de Europa, mientras que aquí se concreta en Londres. Cabe destacar cómo se evitan las referencias a la metrópoli, con una excepción, y a Francia. Este caso resulta obvio, habida cuenta de las implicaciones respecto a la Revolución y sus recelos desde el ámbito hispano. En cuanto a la metrópoli, es interesante observar cómo se desvinculó desde el principio el fenómeno de la modernidad de la península, aunque las noticias llegarían por las conexiones habituales. La arquitectura, «semejante a la de España», se percibe precisamente en las casas de gobierno, donde existía un esfuerzo en ofrecer una homogeneidad en todo el imperio, como viene mostrándose en recientes estudios. Este caso se sumaría al mencionado del Paseo del Prado. Probablemente esta disociación permitió que los modelos europeos y, en general, el concepto de modernidad, perduraran con posterioridad a las independencias. El *beneficio público* que caracterizaba tan profundas intervenciones no se limitó exclusivamente a los edificios públicos, sino que la arquitectura residencial se regiría por similares estándares europeos.

Mi vista no bastaba para verlo todo y mi corazón palpitaba en medio de todo este desorden que decían ser para el bien público. Amante de lo hermoso, vi que igualó todas las casas de la Plaza vieja al compás de la de la Señora Condesa de Buena-Vista: agrandó la pila de cuatro cantos más, rodeándola de barandas de hierro de 3 varas de alto. [...] Una palabra bastó para derribar infinitas casitas ocupando su lugar hermosos edificios. Destruyó todas las tabernas, quemándolas todas

por ser polilla de la ciudad y roedoras del pobre (Baldesapos, 1807, pp. 1-2).

Entre las obras necesarias para el embellecimiento de las nuevas capitales se encontraba necesariamente la mejora de sus redes de comunicación, esfuerzos que venían ocupando a las autoridades, como ya se apuntó para el caso mexicano y como se indica también en el texto de Baldesapos: «Después, juntando todos los caballeros de industria y amarrándolos unos con otros con la mayor celeridad, como ató Sansón las zorras que corrían por los maíces de los Filisteos, los aplicó a empedrar los caminos del campo» (Baldesapos, 1807, p. 2).

De gran interés es uno de los últimos comentarios del texto, referente a la arquitectura militar, que fue obviada por los esfuerzos de modernidad del gigante. Según Baldesapos, se debió a su escasa altura, lo que muestra la preocupación por la perspectiva en estas reformas urbanísticas, pero no debió ser menor la presión que ejerció la cúpula militar —y, con ella, los ingenieros militares— en una fecha tan temprana. Aunque los recintos amurallados estaban perdiendo su función defensiva frente a los nuevos métodos de asedio y las nuevas posibilidades de artillería, no sería hasta décadas más tarde cuando las ciudades comenzarían la destrucción de sus murallas precisamente para mejorar las comunicaciones, la salubridad y, en consecuencia, aumentar el beneficio público: «Por lo que toca a las murallas de la ciudad, su poca elevación fue su seguridad; sin notar su existencia las pasó» (Baldesapos, 1807, pp. 1-2).

La propuesta de Baldesapos generó una respuesta inmediata entre los lectores de *El Aviso*, lo que demuestra el cierto dinamismo de estas discusiones en La Habana de principios de siglo. La respuesta, publicada en el mismo medio por un autor bajo el significativo pseudónimo de Robespierre de la Punta,

critica abiertamente la apuesta de Baldesapos como afrancesada. No reconoce la modernidad ni la aplicabilidad de los autores más destacados de la Ilustración francesa para el caso habanero, como aparece al inicio de su refutación:

Porque mis tertulianos no están ilustrados con Montesquieu, Rousseau, ni Voltaire, ni menos les he reparado ninguno de aquellos caracteres, por donde se dan a conocer los masones, todos son cristianos rancios, de aquello de por todos cuatro costados (Punta, 1807, p. 1).

Punta continúa inquiriendo a Baldesapos por su identidad, lo que refuerza la vinculación de cuestiones estilísticas en arquitectura con este sentido en una fecha tan temprana, pero no contrapone europeo a español, sino a criollo. Finalmente, explica que La Habana debe preocuparse por las necesidades sociales y no tanto por la monumentalidad propia de capitales con una historia más dilatada. El hecho de que señale obras concretas de la historia de la arquitectura europea, desde el caso londinense hasta varios romanos, napolitanos o parisinos, todos ellos claros referentes en la arquitectura europea del momento, muestra el grado de actualización de la sociedad habanera. Su aplicación o no, por tanto, no dependería de la llegada de estos modelos a América, como muchas veces se ha indicado, sino de una decisión por parte de los promotores de estas obras.

Dígame por su vida, ¿su merced es europeo o criollo? [...] ¿Quiere su merced que una ciudad nueva, de conquista tan reciente, tenga los edificios que una capital de Europa, que tal vez

se ignora su origen? ¿Que los templos que deben su grandeza a la devoción de los fieles, donativos de los soberanos, y obra del tiempo, sean estos como el de San Pedro de Roma, la Rotunda, o San Pablo de Londres? ¿Que este coliseo compita con el de San Carlos de Nápoles, obra que inmortalizó al rey que lo fundó? Vea su merced mundo, mi amo Baldesapos, y contará mil hospitales en ciudades de nombre, que no son ni aún tan buenos como el de Paula. ¿Que un Consulado naciente, que ha empleado sus fondos en muelles, pescantes, tinglados, para resguardar los frutos en tiempo de lluvias, caminos y puentes; que auxilia a los premios que ofrece la Sociedad Patriótica, que construye lanchas cañoneras para defensa del comercio costero, y sobre todo que continúa en la benéfica obra de recoger en todos los puertos de la isla los negros prófugos, había de tener un edificio magnífico, como el Palacio Borghese de Roma? ¿Acaso para un prior y dos cónsules se necesita la capacidad de las Tullerías? Las obras de grandeza y lujo las hacen las naciones cultas en tiempo de opulencia (Punta, 1807, pp. 1-2).

Estas discusiones periódicas servirían de primeros intentos de definición de un relato sobre la arquitectura de la ciudad que se establecería progresivamente en los estudios monográficos que empezarían a publicarse en estas mismas fechas. Un ejemplo claro para La Habana lo ofrece Valdés (1813), quien como parte de su discurso histórico hace referencia a diferentes edificios, con especial interés en las fortificaciones (pp. 56, 65, 74, 173, 294). Su preocupación es reconstruir brevemente los hitos constructivos más importantes, evitando otro tipo de juicios de valor, lo que insiste en el distanciamiento de la arquitectura militar de algunas de estas discusiones.

Figura 3. Ruinas del palacio de Sans-Souci, Millot (Haití)



Fuente: Iconem. Wikimedia. 7 de septiembre de 2014. CC BY-SA 4.0.

Hasta este punto se han estudiado casos de alineación y resistencia a la modernidad europea en sociedades caribeñas bajo el correspondiente Gobierno europeo. Esto podría llevar a simplificar el fenómeno en una imposición colonial. Por ello, resulta clave incluir en la discusión un caso contemporáneo en la zona en la que el poder colonial europeo había sido ya eliminado: Haití. Tras la Revolución haitiana (1791-1804), el nuevo Estado afrontó interesantes empresas constructivas, entre las que cabe destacar la del palacio de Sans-Souci, en Milot (Haití), levantado durante el gobierno de Henri Christophe, entre 1806 y 1813 (Bailey, 2017) (Figura 3). Los estudios más recientes han demostrado las relaciones de este palacio

con la tradición arquitectónica francesa más notable, desde el Palacio de Malgrange hasta el de Vaux-le-Vicomte, pasando por la iglesia de Saint-Pierre et Saint-Paul de Courbevoie. Pero también se han identificado conexiones con obras italianas, principalmente los tratados de Vignola y Serlio, y los edificios incluidos en los volúmenes de estampas publicados por Falda en el siglo XVIII. El intento de emular la modernidad francesa resulta manifiesto, no ya como sociedad bajo la presión colonial europea, sino como Estado libre. Pero no lo es menos el esfuerzo por plantear un discurso arquitectónico con otros referentes europeos, y probablemente con otras necesidades locales.

Quedarse en el grado de asimilación de las tradiciones europeas en Haití alimenta el discurso de *single history* cuando las obras de Sans-Souci incluyen algunas decisiones significativas, especialmente en cuanto a los sistemas constructivos. Bailey (2017) ya puso de relieve las diferencias entre el mampuesto general y el uso puntual de cantería e hileras de ladrillos de este palacio, frente a la piedra con la que se construyeron los edificios franceses en la isla (pp. 135-139). Su interpretación lo vincula con un intento de emular el mundo romano en el que estas técnicas estaban definidas por los tratados. En cambio, parece más probable que los trabajadores, bajo el mando del barón de Faraud, responsable de las obras, conocieran las construcciones españolas en la misma isla, donde desde el siglo XVI se utilizaba el mampuesto, el ladrillo y la cantería como solución habitual. Los restos de fortificaciones de diferentes periodos, así como la propia iglesia de San Francisco (Santo Domingo, República Dominicana), así lo atestiguan. Si se opta por esta segunda opción se daría un caso significativo, ya que la recién independizada Haití recurriría a técnicas de la vecina Santo Domingo hispana para su nuevo programa

arquitectónico, lo que quizá pudo requerir también de mano de obra, pero sobre todo muestra una apertura a otras modernidades vecinas que no se habían dado hasta ese momento como solución a la recurrente falta de canteras.

El aumento de los conflictos sociales en el contexto de las independencias americanas provocaría ciertos cambios en la política colonial, así como en la gestión de las nuevas repúblicas. Por este motivo, abordar este tipo de dinámicas en las décadas siguientes del siglo XIX requiere de la gestión de un mayor número de fuentes disponibles que permitan establecer con solidez el desarrollo de los acontecimientos.

Conclusiones

Los ejemplos expuestos anteriormente muestran cómo cada imagen de modernidad estaba claramente emparentada con las redes de globalización de cada imperio, excluyendo así tanto las contribuciones o reinterpretaciones locales como las de otras potencias europeas. La apertura comercial de los puertos o el aumento de los intercambios mercantiles no suplantaron las estructuras establecidas por la cultura colonial. Esto llevaría a interpretar la modernidad como una idea inherente al proceso de expansión europea, impuesto por las administraciones gobernantes, en el que se subrayaban unos centros frente a unas periferias. Esta conclusión habría de matizarse con la incorporación del caso haitiano, ya que las referencias francesas, y en menor medida italianas, seguían prefiriéndose en un Estado ya independiente. Junto al desarrollo de esta *single history*, los ejemplos seleccionados han demostrado la existencia de otras corrientes subyacentes, de reinterpretación o rechazo de la modernidad europea. Este tipo de fenómenos serían probables en la propia Europa, pero

su diferente calado es el que definiría la implantación de la imagen de modernidad en cada uno de los puertos caribeños. Esta pluralidad de interpretaciones frente a las corrientes predominantes son las que requieren de mayor estudio, no como ejemplos de la mayor o menor capacidad de asimilación, sino como ejercicios conscientes de selección. Este tipo de investigaciones no solo permitirán una mejor valoración del patrimonio conservado por parte de las comunidades locales, sino que permitirá trasladar enseñanzas a algunos retos contemporáneos más acuciantes.

Referencias bibliográficas

- Amigo Requejo, A. (2018). *En busca de una identidad moderna. Ocio urbano en La Habana del siglo XIX (1844-1868)* [Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid]. <https://eprints.ucm.es/id/eprint/50021/1/T40598.pdf>
- Anónimo (1785, 4 de enero). México. *Gazeta de México*, (27), 117-120.
- Anónimo (1796, 17 y 18 de septiembre). Descripción de las fiestas celebradas en la imperial corte de México con motivo de la solemne colocación de una estatua ecuestre de nuestro augusto soberano el señor Don Carlos IV en la plaza mayor. *Gazeta de México*.
- Anónimo (1809, 3 de octubre). Descripción geográfica del Reino de la Poesía. *El Aviso de La Habana. Papel periódico literario-económico*, (119), 483-486.
- Baldesapos, J. (1807, 6 de agosto). Sueño Singular. *El Aviso. Papel periódico de La Havana*. N.º 342, 1-2.
- Bailey, G. A. (2017). *Der Palast von Sans-Souci in Milot, Haiti (ca. 1806-1813). Das vergessene Potsdam im Regenwald*. Zentralinstitut für Kunstgeschichte.

- Bailey, G. A. (2018). *Architecture and Urbanism in the French Atlantic Empire. State, Church, and Society, 1604-1830*. McGill-Queen's University Press.
- Blandeau. (1824). *Étrennes littéraires aux grands hommes ou l'empire du café*. Chez Delaunay, Ponthieu, Pichard.
- Castillo Oreja, M. Á. (2014). El abastecimiento y la creación de nuevos espacios en La Habana del siglo XIX. *Quiroga*, 5, 28-47.
- Conrad, S. (2018). A Cultural History of Global Transformation. En S. Conrad y J. Osterhammel, *An Emerging Modern World. 1750-1870* (pp. 413-659). The Belknap Press of Harvard University Press.
- Coutu, J. (2006). *Persuasion and Propaganda: Monuments and the Eighteenth-Century British Empire*. McGill-Queen's University Press.
- Cramaussel, C. (Coord.) (2006). *Rutas de la Nueva España*. El Colegio de Michoacán.
- Cruz Freire, P.; Gámez Casado, M.; López Hernández, I. J.; Morales, A. J. y Luengo, P. (2020). *Estrategia y Propaganda. Arquitectura militar en el Caribe (1689-1748)*. «L'Erma» di Bretschneider.
- Estala, P. (1797). *El viagero universal, o noticia del mundo antiguo y nuevo* (Tomo XII). Imprenta de Villalpando.
- Estala, P. (1798). *El viagero universal, o noticia del mundo antiguo y nuevo* (Tomo XX). Imprenta de Villalpando.
- Franco, C. (1791, 16 de agosto). Carta de un vecino de Puebla a otro de México escrita el 4 de julio último. *Gazeta de México*, (40), 371-374.
- Gámez Casado, M. (2022). *Ingeniería militar en el Nuevo Reino de Granada. Defensa, poder y sociedad en el Caribe sur (1739-1811)*. Sílex.
- Hernández González, M. (2008). *El primer teatro de La Habana. El Coliseo (1775-1793)*. Idea.
- Julián, A. (1787). *La perla de la América. Provincia de Santa Marta, reconocida, observada, y expuesta en discursos históricos*. Antonio de Sancha.

- Landon, C. P. (1802). *Nouvelles des arts, peinture, sculpture, architecture et gravure* [Tomo 2]. Imprimerie de Migneret.
- Laorden Ramos, C. (2008). *Obra civil en ultramar del Real Cuerpo de Ingenieros. Virreinos de Nueva España y Nueva Granada*. Ministerio de Defensa.
- Laporte, J. (1799). *El viajero universal, o noticia del mundo antiguo y nuevo*. Imprenta de Villalpando.
- Long, E. (1774). *The History of Jamaica*. T. Lowndes.
- López Hernández, I. J. (2019). *Ingeniería e ingenieros en Matanzas. Defensa y obras públicas entre 1693 y 1868*. Athenaica.
- Luque Azcona, E. (2017). Ilustración y urbanismo en el virreinato de Nueva España y la capitania general de Venezuela. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, (400), 23-63.
- Luque Azcona, E. (2021). Policía urbana, revolución industrial y alumbrado público. Análisis y contextualización del caso de la ciudad de San Juan de Puerto Rico (1780-1850). En B. Cruz Sotomayor y F. R. Huertas González (Coords.), *Visiones transversales de Puerto Rico y el Caribe* (pp. 9-34). Universidad Ana G. Méndez.
- Moreau de Saint Mery, L.-É. (1796). *Description topographique et politique de la partie espagnole de l'isle Saint-Domingue*. Chez l'auteur.
- Punta, R. de la (1807, 29 de septiembre). (Papel remitido a la caja del Aviso). *El Aviso. Papel periódico de La Havana*, (365), 1-2.
- Robertson, J. (2009). Re-imagining Public Space: Jamaica's Main Square 1534-2000. *Caribbean archaeology and Material Culture*, 113-130.
- Valdés, A. J. (1813). *Historia de la isla de Cuba y en especial de La Habana*. Oficina de la cena.
- Vázquez Cienfuegos, S. (2008). *Tan difíciles tiempos para Cuba: el gobierno del Marqués de Someruelos (1799-1812)*. Universidad de Sevilla.